

# Una forma esencial de la vida hispánica en Ortega y Gasset

**Felipe González Alcázar**

*Universidad Complutense de Madrid – Fundación Ortega-Marañón*

Resumen: José Ortega y Gasset planeó escribir, dentro de la serie de sus *meditaciones*, un ensayo sobre tauromaquia titulado *Paquiro, o de las corridas de toros*. Nunca se publicó. Ortega siempre pensó en la tauromaquia como una forma esencial de la vida española; entendiendo ese arte podrían comprenderse de un modo más profundo algunos aspectos igualmente esenciales del vitalismo español.

Palabras-clave: José Ortega y Gasset, Formas de la vida y vitalismo en España, Pensamiento y Tauromaquia.

Résumé : José Ortega y Gasset projeta d'écrire, dans la série de ses *méditations*, un essai sur la tauromachie, intitulé *Paquiro, o de las corridas de toros*. Cet essai ne fut jamais publié. Ortega pensa toujours à la tauromachie comme une forme essentielle de la vie espagnole; si nous comprenons cet art, on pourrait comprendre quelques aspects également essentiels du vitalisme espagnol d'une façon plus profonde.

Mots-clés : José Ortega y Gasset, Formes de la vie et vitalisme en Espagne, Pensée et Tauromachie.

Ortega, incluso para un pensador tan fértil, nos dejó obras inacabadas, abundantes intereses intelectuales sin satisfacer, copiosos trabajos abocetados en notas o en embrionario estadio imaginativo, pero pocos de ellos fueron tan persistentes, tan compañeros a lo largo de una vida, y quizás tan íntimamente deseados, como el proyecto de escribir *Paquiro*<sup>1</sup>. El peculiar modo de expresar sus

---

1 Ortega anunció a través de los años, como es sabido, con el mismo e inalterado título desde la primera mención, la publicación, más o menos inminente, de un ensayo en donde trataría con profundidad sus teorías acerca de las corridas de toros. Tras años de silencio, a partir de los años 40 volvió a emerger con cierta urgencia el aviso de su pronta escritura. En este artículo voy a referirme únicamente, por cuestiones de espacio y de ajuste temporal a las décadas inaugurales del siglo XX, a cómo pudo proyectarse este primer acercamiento a la tauromaquia dentro de la serie de *meditaciones* orteguianas.

teorías sobre el toreo influyó en el juicio que los especialistas han tomado a modo de conclusión. Ante la cuestión, ¿sabía de toros?, nadie se atreve a negarlo por completo, si bien resulta difícil de aplicar su sentido geométrico y de problema matemático en la lidia, aunque a muchos más parece convenir el papel concedido a las corridas en la historia de España, las muy jugosas reflexiones sobre la pertenencia de los toros y su morfología correspondiente, así como los movimientos inventados por los toreros según mimetismos de las usanzas de su vida cotidiana. Asimismo, resalta entre sus afirmaciones la verdadera centralidad del toro a través de la comprensión intuitiva del animal y de la sintonía entre toro y torero, tanto como la atención a las reacciones del público. Contra ciertas esencias particularistas parece defender el origen vasco de las corridas a pie frente al esencialismo andaluz<sup>3</sup>. Debatida sigue siendo la cuestión, algo marginal, de si era un verdadero aficionado antes que un teórico original de la Fiesta<sup>4</sup>. Creo observar, sin embargo, que bastantes de los que han razonado cuestiones relativas al conocimiento taurino de Ortega parten de la diferencia entre el filósofo y el aficionado, como si en una misma persona no cupieran ambas dimensiones. No cabe ahora analizar con detalle la tauromaquia orteguiana<sup>5</sup>. Por los textos agrupados y publicados, póstumos o no, Cambria concluye con bastante rotundidad la opinión más comúnmente aceptada: “Ortega no penetró más allá de la superficie de la cuestión; pero, de todas maneras, fue mucho más de lo que había hecho cualquier otro pensador español antes de él<sup>6</sup>”. Esa centralidad, asegurada por otras muy informadas opiniones<sup>7</sup>, rinde tributo al pensador y marca una senda de prestigio que no ha podido ser recuperada, quizás por conformarse en torno a una personalísima visión, propia del vitalismo radical orteguiano<sup>8</sup>.

La pasión por los toros en Ortega, pese a todo, constituye un elemento de consistencia y particularización en su vida, concedámoslo, más que en su obra. El esfuerzo intelectual por explicar –si bien pretendidamente señalada con la exclusividad, seriedad y profundización que él mismo

2 Hay un gran número de testimonios de toreros que recelan o se apartan de opiniones, juicios o explicaciones que consideran ajenas a su profesión o a las experiencias directas que de ella se derivan, sea por mantener un cierto misterio atribuido al impresionismo estético, sea por defender su parcela profesional. Pensemos en la negativa a aceptar “una complicada matemática de los terrenos del toro” y los terrenos del torero por Belmonte, gran amigo de Ortega, en las memorias noveladas de Chaves Nogales. O en los pareceres de Luis Miguel *Dominguín*, matriculado en el curso sobre Toynbee del Instituto de Humanidades opinando que Ortega, tampoco Hemingway aunque con otras condiciones más favorables al primero, no sabía demasiado del tema a tenor de sus opiniones. En AMORÓS GUARDIOLA, Andrés, *Luis Miguel “Dominguín”*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008, págs. 426-427. Y también, del mismo autor, en *Toros y cultura*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, págs. 201-222.

3 Para un acercamiento no sistemático ni militante, sino informativo: ARÉVALO, José Carlos, “Ortega y los toros”, *Revista de Occidente*, 1984, 36, págs. 49-59; TEMES LHARDY, Agustín, *Nuevos ensayos taurinos*, Madrid, Duval, 1995, págs. 7-15...

4 La insatisfacción hacia las ideas taurinas orteguianas, en el ámbito filosófico, sobre todo en función de sus reafirmaciones, tampoco es infrecuente. Véase FERNÁNDEZ TRESGUERRERES, Alfonso, *Los dioses olvidados. Caza, toros y filosofía de la religión*, Oviedo, editorial Pentalfa, 1993.

5 De todas las referencias, a mi juicio, ninguna tan determinante como el capítulo que se dedica a analizar pormenorizadamente las ideas de Ortega sobre toros en la monografía de CAMBRIA, Rosario, *Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX*, Madrid, Gredos, 1974, págs. 118-144.

6 *Ibid.*, pág. 118.

7 AMORÓS GUARDIOLA, Andrés, “Los toros en la literatura. Ensayo, novela, teatro y poesía”, in COSSÍO, José María de (dir.), *Los toros. Tratado técnico e histórico*, DÍAZ-CAÑABATE, Antonio (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1982, tomo VII, págs. 234-235.

8 Incluso en algunos estudiosos de Ortega, el hecho de no haber dedicado a los toros más que el planteamiento de ideas-claves o intuiciones poco desarrolladas en apariencia, permite, a los no taurinos, una suerte de *disculpa* bajo especie de su natural curiosidad intelectual por todo lo que le rodeaba.

se atribuía–, las corridas de toros, como materia aparte y como sustancia visible del ser español, ya supone una diferencia radical frente a los testimonios y análisis de matadores o de especialistas taurinos, demasiado inclinados ambos hacia el tecnicismo, la descripción o la costumbre reglamentista y didáctica. Pero la cercanía con el universo del toro, la inmediatez de la verista emulación del torero, el simple juego arriesgado de ponerse frente a un animal bravo, siempre peligroso, o el goce de la conversación de taurina, tan acusado, no son equiparables en cuanto actitud vital con cualquier otra personalidad semejante excepto en lo que tiene de apasionamiento y de ludismo<sup>9</sup>. El modelo del torero, su valentía, el riesgo del oficio y la exposición y movimientos del propio cuerpo ante el toro, son a menudo planteamientos muy caros al corazón de Ortega. Y muy presentes en una forma u otra en su imaginario reflexivo y metafórico. Aquel señor que presumía de ser torero ante un auditorio deseoso de atender trascendentes razonamientos en los *Rencontres Internationales*, era el mismo que poco tiempo antes había escrito y repetido de viva voz, ante un público más motivado a apreciar otro tipo de *faenas*, en una de sus “Cuatro lecciones” del curso sobre Velázquez en San Sebastián en septiembre de 1947, lo siguiente:

Soy madrileño, y una de las figuras más típicas de Madrid es ese chico que desde el tendido asiste a la novillada y en un cierto momento, sin posible contención, se arroja al ruedo y con su blusa se pone a torear al cornúpeto. Yo soy de por vida ese eterno chico de la blusa y no puedo contemplar un problema astifino sin lanzarme hacia él insensatamente<sup>10</sup>.

Quizás el pensamiento actual no ha podido resistirse al cansancio provocado por el relativismo o el nihilismo, por causas que ahora no voy a plantear; baste recordar que los giros culturales e ideológicos, reacciones escasamente sólidas frente al vacío dejado por la filosofía del lenguaje o por el rechazo al horizonte metafísico, ocupan una especie de tierra de nadie en la cual se confunden temas y principios, deseos y voluntades con realidades humanas. La posmodernidad, con la cual a veces se relaciona el vitalismo orteguiano, no parece proclive a interesarse por cuestiones como la tauromaquia. Otras *consideraciones* aparte –su apreciación de arte o de espectáculo por encima de todas ellas en la raíz de la discusión–, la tauromaquia implica cuestiones relevantes en torno a ideas como los límites y planteamientos ordenancistas de las corridas de toros o la jerarquía en las relaciones entre personas y animales. Otros aspectos, sin embargo, son en contradicción demasiado cercanos a la prevalencia de la visualidad, al sentido de la fugacidad y lo efímero y, por encima de todo,

---

9 No puedo resumirlo mejor que en un artículo de GRANELL, Manuel, de 1955 (en *Ortega y su filosofía*, Caracas, Equinoccio, 1980, págs. 51-52): “Una de esas pasiones –semisecreta, acaso por lo semiartístico de su objeto–, la tauromaquia. Siempre se interesó por las suertes y lances de la fiesta brava. Por su saber taurino, dicen se le ha consultado. Y desde luego, su autoridad corre entre entendidos. Al reconocerla, torero hay que mudó su inicial respeto al aficionado en admiración por el filósofo. El otro Ortega –el matador de toros– confesaba hace meses, con motivo del homenaje al catedrático en sus setenta años: «desde que leí a Ortega toreo mejor». Se trata de una frase ingeniosa, claro está, pero basada en doble admiración, y esto es lo que importa al caso. (Sería curioso saber si el torero, por especial privilegio de su oficio, conoce el amarillento original de ese *Paquiro o de las corridas de toros* que duerme, quizá no sin desasosiego, bajo las siete llaves de una prudencia filosófica)”.

10 ORTEGA Y GASSET, José, “Lección primera”, (1947), del *Curso de cuatro lecciones. Introducción a Velázquez*, en *Obras completas. 1933-1948. Obra póstuma*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2009, tomo IX, pág. 890.

a la necesidad de poner en tela de juicio con criterios ambivalentes o cambiantes, por ello relativos, su ejecución por parte del público, la autoridad o los críticos especializados. El desarrollo último de una actividad muy intensa realizada en Francia sobre el tema taurino desde presupuestos históricos, culturales o filosóficos<sup>11</sup>, siempre visto con una mezcla de perplejidad y admiración desde España, ha añadido a esta cuestión elementos que superan el nacionalismo intrínseco a las corridas de toros, que para Ortega parecían no poder explicarse fuera del arraigo hispánico:

Este contraste, esta oscura medianoche que seguía al mediodía triunfante era, aún más que la fortuita e infrecuente cogida, lo que daba a la fiesta su víscera trágica y, además, su auténtico sentido español. Porque el español detesta que se quiera hacer de las vidas pura delicia, bienestar, triunfo y gloria: eso le parece amanerado e inhumano, diría él, «francés». Necesita el claroscuro de toda auténtica realidad, necesita el dolor, la caída, la pena, la desesperación<sup>12</sup>.

Si uno frecuenta algunos textos españoles titulados *filosofía taurina* tratan por lo general de cuestiones como la apología de los toros, su defensa, los usuales panegíricos, incluso cuestiones de economía agraria o justificaciones históricas<sup>13</sup>. Pero si en algo coinciden con la manera orteguiana de afrontar el tema es en la raíz conversacional, en el hecho de que para razonar sobre toros hay que hablar y discutir de toros. La base de este conocimiento consiste en atribuir al hecho de filosofar la misma condición que posee el pensamiento hablado, no estrictamente especulativo. La postura de Ortega parece una reminiscencia del *amor intellectualis* con que aplicó a las *Meditaciones del Quijote*<sup>14</sup> un *motto* o emblema que desencadenara la lista de *salvaciones* que habrían de venir después: sobre Baroja o el estilo de Cervantes, sobre el Cid o sobre tauromaquia en aquel planeado ensayo, titulado desde entonces *Paquiro, o de las corridas de toros*. Tal premisa, presente ya en la filosofía griega pese al latinismo, implicaba para esta precisa materia dos principios: primero, procurar revivir una filosofía dialogada, apropiada a un modelo retórico conversacional, quiere decirse, hablada y discutida, como lo es el hecho de que los toros “dan que hablar”; segundo, buscar las raíces de las cosas, ir hacia los problemas esenciales. Claro es que no resultaba fácil en los albores de su periplo intelectual poder asumir el tipo de contradicciones que esto supondría y que únicamente fueron equilibrándose con el paso del tiempo. En principio, esta necesidad comunicativa debería enfocarse hacia la búsqueda de un tipo específico de receptores que no podían ser los aficionados tradicionales, toda vez que él declinó en numerosas ocasiones serlo y que un modelo de *meditación* iba orientado, por el contrario, hacia un pensamiento interiorizado y en solitario. Después, el sentido de su razonamiento debería

11 Excuso el pormenorizado repaso bibliográfico que, desde diferentes ámbitos, y muy señaladamente aquí el filosófico, lleva produciéndose en Francia desde la segunda mitad del siglo XX, por poner un límite, (por ejemplo, *Tauromachie art profond*, Paris, Editions du Tambourinaire, 1951), hasta el impulso de los años 90 hacia nuestros días (con la repercusión y el debate suscitado por los textos de Francis Wolff), por su extensión y relevancia.

12 ORTEGA Y GASSET, José, “Comienzo desechado de la Lección IV” de *El hombre y la gente*. [Curso de 1949-50], en *Obras completas. 1949-1955. Obra póstuma e Índices*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2010, tomo X, pág. 197.

13 Por ejemplo, LÓPEZ PELEGRÍN, Santos, *ABENÁMAR, Filosofía de los toros*, Madrid, Félix Boix, 1842; MORENO ARDANUY, Félix, SERRANO DEL CID, Manuel, *Filosofía taurina*, Madrid, Fernando Fé, 1920; TORRALBA DE DAMAS, Benedicto, *Filosofía del toreo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932.

14 *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1914.

de poder poner en cuestión que, pese al ludismo y a la diversión placenteros que las corridas de toros habían proporcionado a los españoles, se trataba de un asunto muy serio, profundo y determinante. En último lugar, Ortega tenía la percepción de encontrarse filosofando sobre cuestiones históricas necesitadas todavía de una mayor precisión, para lo que comenzará un acopio de información que solamente la publicación de la enciclopedia de Cossío pudo satisfacer en parte muchos años después<sup>15</sup>.

En esta fase del pensar orteguiano, en los albores de una filosofía personal, un neokantismo residual bajo especie de Ciencia de la Cultura, en ocasiones compañero de viaje del regeneracionismo de Giner de los Ríos, empezaba a ceder espacio hacia la fenomenología no menos sometida a un particularismo intenso. Esa vía regeneradora de España y lo español a través de la cultura<sup>16</sup> abocaba el estudio de lo taurino a un arte *nacional*, a un modo de expresión o de vivencia (el conocido hallazgo de Ortega para traducir el concepto de *Erlebnis*) en las que era posible explicar nuestro –español– lugar en el mundo. Para la fenomenología, el estudio del cuerpo y de la vitalidad corporal son problemas tan característicos como adaptables al razonamiento sobre el toreo: el análisis de los movimientos en la corrida de toros, la explicación de un sistema dinámico de encuentro entre ambos, la interacción entre el cuerpo del animal y del matador, y, en consecuencia, la percepción del cuerpo propio y del ajeno en busca de una comprensión del hecho tauromáquico. Todas estas premisas conformarán gran parte de los escritos taurinos de Ortega que fueron publicados en vida, si bien, alejados de la fecha que ahora nos ocupa. La posibilidad más certera de explicar una corrida de toros como un hecho de conciencia se objetivaría a través del conocimiento de su diseño espacial, aquel problema de cinemática que sería con posterioridad una de las reflexiones más destacadas. No obstante, la doctrina del cuerpo orteguiana pudo empezar en tanto fenomenología como un problema de conciencia que toma carta de presentación en la experiencia estética, pero adquiere su verdadera profundidad en la esfera de lo vital: se trata del cuerpo viviente, de no considerarse estrictamente ni cuerpo ni alma, sino un proyecto de libertades<sup>17</sup>. Tal premisa aborda el sentido de ese proyecto como una lucha por llegar a ser lo que se tiene que ser, esto es, un drama en el sentido etimológico de la palabra. Volvamos entonces al texto anterior:

La corrida es un tremendo drama humano en que todos –actores y público– intervienen y colaboran; [...] es esencial a la sustancia misma de la fiesta el momento en que el gran torero, a quien le ha ido bien en un toro, gozaba el inmenso triunfo en el centro de la plaza –acaso la forma más concreta, densa y efectiva que existe– en el toro siguiente se le veía ir desesperado tras del animal, sudoroso, caídos los aladares sienes abajo con aire misérrimo de nazareno, recibiendo los avisos del

---

15 COSSÍO, José María de, *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, 3 tomos, con muchas ediciones y varios volúmenes añadidos posteriores. Es de sobra conocido el hecho de que hay un antes y un después en el estudio sobre los toros desde la aparición de los primeros volúmenes de esta enciclopedia. Ortega, desde su responsabilidad en la editorial Calpe en los años 30, impulsó que se escribiera esta enciclopedia y que se encomendara a Cossío. Ortega tenía previsto prologar la obra.

16 Véase, a modo de aproximación, el ya clásico libro de CEREZO GALÁN, Pedro, *La voluntad de aventura*. Barcelona, Ariel, 1984 o si se prefiere una visión más sistematizada y reciente del mismo autor en “Del camino hacia sí mismo (1905-1914)”, in ZAMORA BONILLA, Javier (ed.), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada, editorial Comares, 2013, págs. 21-45. Sobre la fenomenología en Ortega, por continuar con la misma bibliografía, remito también a SAN MARTÍN, Javier, “La recepción de la fenomenología y su filosofía en torno a *El tema de nuestro tiempo*”, in *Guía Comares...*, *op. cit.*, págs. 47-68.

17 SERRANO DE HARO, Agustín, “Apariciones y eclipses del propio cuerpo”, en *Guía...*, *op. cit.*, págs. 311-327.

Presidente, humillado, mordiendo su propio amor propio, etcétera. [...] Ciertamente que bajo toda la corrida cabe siempre y esencialmente esta doble posibilidad de la gracia y de la muerte. A Paul Valéry que me expresaba su falta de interés por nuestras corridas de toros, le decía yo: Querido Valéry, tenga usted presente que el toreo es una danza ante la Muerte. Y [...] dando un brinco me contestó: *Ah! Alors je vais les aimer* [...] Mas, aunque al pronto extraña un poco, la verdad es que el riesgo más constitutivo de la corrida de toros no es el de la cogida del torero sino el de que el gran torero esté mal y, casi siempre, [...] porque su cuerpo, aun sin hallarse propiamente enfermo, está destemplado, sin brío, elasticidad ni ritmo en sus músculos<sup>18</sup>.

La tauromaquia, en su aspecto más perfeccionado, es una potencialidad, nunca una seguridad. El riesgo, la posibilidad y la convivencia necesarios entre el éxito y el desastre, deviene la necesaria solución al drama de la vida, y de la vida española en particular, haciendo de esta fiesta el consabido ejemplo que explica su historia moderna. El protagonista incluso ha de medirse con otro protagonista, hombre frente a animal, espacio frente a otro espacio, con una inestabilidad creciente que muestra a las claras que la cotidianidad del fracaso y la excepcionalidad del triunfo no serían aceptables en otra cultura, la francesa, por ejemplo, que sitúa a sus ídolos en espacios confortables para la aclamación y los vítores.

A través de lo que primero nos viene de manera tópica a la mente respecto del asunto que nos convoca, me refiero a la usual jactancia con que Ortega se refería a sí mismo (“pues saber, lo que se dice saber lo que es el torero no lo sabe en España y por ende, en el mundo, nadie más que yo. ¡Vean ustedes dónde un hombre viene a depositar su orgullo!<sup>19</sup>”) y a sus ideas resumidas a modo de corolario (solo él ha pensado realmente qué son las corridas de toros y qué representan en la historia de España), apenas es posible esbozar una doctrina implícita sobre la tauromaquia, un subterráneo caudal de cuestiones que van a alumbrarse en la madurez, cuando el raciovitalismo instituya una labor de asentamiento y de comprensión absoluta, o al menos lo pretenda, de toda su labor filosófica.

## Una salvación española a través de la tauromaquia

Anunciada entre sus *meditaciones* en preparación, la número 10 se titulaba *Paquiro, o de las corridas de toros*<sup>20</sup>. Cabría parar un instante a pensar cuáles pudieran haber sido las causas por

---

18 ORTEGA Y GASSET, “Comienzo desechado de la Lección IV” de *El hombre y la gente*. [Curso de 1949-50], *op. cit.*, pág. 197.

19 ORTEGA Y GASSET, José, “Lección VII” de *Sobre una interpretación de la historia universal*, en *Obras completas...*, *op. cit.*, tomo IX, pág. 1298.

20 No es momento de exponer detenidamente la relación del joven Ortega con el mundo de los toros. Deberíamos empezar por recordar a su padre, José Ortega Munilla, grandísimo aficionado, periodista taurino, que llevaba a sus hijos siendo aún muy pequeños a todo tipo de festejos donde el filósofo forjó un aprecio por el toreo de otra época al que apelaría insistentemente en su madurez. Parece que, en el cambio de siglo, el ambiente cultural e ideológico apartó al joven pensador de la visita asidua a las plazas mientras que el transcurrir de su vida replanteó su apasionada relación con la tauromaquia. Para consultar pormenorizadamente las relaciones biográficas de Ortega con el tema y el mundo taurino

las cuales Ortega decidió apoyarse en el diestro Francisco Montes, *Paquiro*, cuyo apogeo tuvo lugar entre los años 30 y 40 del siglo XIX, para titular su proyectado ensayo. No habrá una única razón, como suele ocurrir, y alguna otra bien pudiera parecernos excesivamente epidérmica, o basada en criterios emocionales, muy propios además del aficionado taurino. Me refiero, claro es, a la adhesión de su padre a la escuela chiclanera o de Chiclana, al parecer un tercer modelo apenas esbozado entre las escuelas rondeña y sevillana. Esa muestra de respeto y amor filial quizás tenga sentido para encauzar un gusto determinado y de bando o pertenencia, muy usual en el, a menudo, partidista mundo del aficionado que unía en aquellos decenios del entresiglo esencias, ideales, modos y formas, incluso actitudes vitales y a veces ideas políticas, con una gran intensidad y beligerancia<sup>21</sup>. La mirada hacia atrás de Ortega en cuestiones taurinas le permitía en primer lugar apelar a hechos y situaciones del pasado, libres, por tanto, de la discusión cotidiana sobre la faena de la tarde o acerca del estado de los toros en un momento coyuntural específico. En segundo lugar, se situaba en una circunstancia –perdóneseme el uso de esta palabra en este contexto– histórica apropiada para instalarse en el espacio de sus *meditaciones*. Gran parte del acopio de material que hizo Ortega para *Paquiro* era cronológico, extendiendo una línea clarificadora entre los modos anteriores de ritualidad o de fiesta de caballeros y la aparición del toreo moderno o a pie, en el cual un miembro del pueblo llano, un héroe moderno<sup>22</sup>, se convierte en el protagonista junto al animal en la elaboración progresiva de un arte que en principio quizás no consistiera sino en una derivación del dominio y del sacrificio sobre el toro, basado en la fuerza del cuerpo, en lo gimnástico, en la cercanía y en la exposición arrojada. Uno frente a otro<sup>23</sup> pero no simplemente como un mero recurso o adorno previo al acto de matar sino ya un modelo espectacular, en cierta manera, habiendo empezado la estilización del toreo. Por tanto, una tradición estética y en cierto modo hegeliana, la visión de un final sobre el que se gira y se recrea una forma determinada. Y es susceptible de recuperarse, un manierismo: es ya un modo español de hacer y de estar en el mundo. El torero *Paquiro* fue un ecléctico, un profesional que supo adaptarse, recrear un espacio diferente entre el esencialismo de la escuela rondeña y el estilismo de la artística escuela sevillana, las dos grandes *formas* del aquel tiempo originario<sup>24</sup>. Hay un tercer motivo por el cual Ortega pudo sentirse motivado para apelar al diestro chiclanero: fue el autor, más bien inspirador, de una tauromaquia completa<sup>25</sup>, definitiva, por tanto, de un momento de madurez y

---

véase GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe, “Ortega y la tauromaquia”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 2008, 16/17, págs. 41-104. También puede consultarse en la red.: <[http://www.taurologia.com/imagenes/fotosdeldia/1086\\_ensayo\\_paquiro\\_o\\_de\\_las\\_corridas\\_de\\_toros\\_la\\_tauromaquia\\_y\\_ortega\\_y\\_gasset.pdf](http://www.taurologia.com/imagenes/fotosdeldia/1086_ensayo_paquiro_o_de_las_corridas_de_toros_la_tauromaquia_y_ortega_y_gasset.pdf)> [Última consulta: 15 de febrero de 2017]

21 He prescindido deliberadamente de citar bibliografía específica sobre historia de la tauromaquia. Para estas afirmaciones en particular, por su cercanía cronológica y su vívido estilo recomiendo acudir a BORRELL, Félix, (alias F. BLEU), *Antes y después del Guerra (Medio siglo de toreo)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

22 GONZÁLEZ TROYANO, Alberto, *El torero, héroe literario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.

23 Excuso pararme a debatir la debatidísima cuestión de la colocación del toreo de frente o de perfil ante el toro, en relación con unas técnicas, valor y condiciones específicas de las reses para la lidia. Baste recurrir a los sagaces comentarios de Félix Borrell en el texto arriba citado en la nota 21.

24 De alguna manera, la herencia de *Cándido* se quiere continuar en el llamado toreo ecléctico y “largo”, de dominio sobre el animal, entre el laconismo rondeño y la gracia y el normativismo sevillano. De esta escuela se suponen seguidores *Paquiro*, *Chiclanero*, *Cúchares*, *Lagartijo* o *Joselito*. La importancia de *Paquiro* es aún más central si pensamos en su papel en la indumentaria de torear.

25 MONTES, FRANCISCO, *PAQUIRO, Tauromaquia completa o sea el arte de torear en la plaza tanto a pie como a caballo*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1836. Tradicionalmente se ha dudado de que el diestro

de profesionalización. Su *Arte* necesariamente obligó al joven Ortega a demorarse sobre un modo de pensar racional acerca de aquella tauromaquia aún envuelta en datos imprecisos o en cuestiones tan “desvalidas de documentos”. En torno a aquel libro y a su figura se aportaban una serie de principios que van a aparecer, antes y después, en todos los testimonios orteguianos sobre doctrina taurina<sup>26</sup>: la voluntad de orden, por tanto de escribir una preceptiva de validez universal; la conciencia de profesionalización del trabajo de un matador de toros; la transferencia o proyección simbólica del acto de la corrida, convirtiéndose en un espectáculo cuyas partes (o tercios, o actos, o momentos) no son la reaparición de brumosos ritos ni la simple asunción de una serie de movimientos y momentos albur de caprichos o modas, sino que dependen de un proceso necesario y educativo, reglamentado, casi de jurisprudencia; la manifestación del conocimiento verdadero del profesional taurino, esto es, de su oficio y, sobre todo, de su complemento que es el toro del que debe *saber* su fisonomía, reacciones y costumbres, así como el papel central que se tiene que ofrecer a la res; por último, la idea aparentemente contradictoria de que aun siendo el animal bravo el verdadero centro de la fiesta, esta solo encuentra su verdadero sentido *lógico* en el reconocimiento de la jerarquía superior del hombre, que ha de mandar sobre él, imponerse, dominarlo, motivos hondamente necesarios en una fase eminentemente física, doblegadora<sup>27</sup>. Partiendo de una realidad vivida intensamente como tal, necesariamente incrustada en un gusto sobre lo popular y común, de abajo a arriba, ya madura en su manifestación de estilismo y de escuela, y con más datos precisos para lo que más adelante fue su adhesión al modo de la teoría de las generaciones, Ortega centró en el Francisco Montes histórico el impulso para escribir un ensayo sobre el arte tauromáquico que nunca existió realmente.

La reconstrucción del material del que pudo hacer uso Ortega en estos momentos resulta apenas orientativa, toda vez que no publicó un texto de contenido específicamente taurino hasta 1950<sup>28</sup>, y aun así este epílogo a un libro conferencia apenas trata del asunto indirectamente. El resto de documentos de que disponemos son, o referencias y alusiones esparcidas por su obra, reveladoras quizás, pero inconsistentes para nuestro propósito, o textos póstumos e inéditos, o textos que tratan el asunto taurino de manera complementaria y no exclusiva<sup>29</sup>. En cualquier caso, muy alejados cronológicamente de esta etapa, que apenas logramos intuir como pronta promesa. La publicación de una voluminosa carpeta de notas de trabajo<sup>30</sup> se convierte, junto con declaraciones y apuntes biográficos, en el documento más preciso y revelador. Se trata de 124 hojas escritas a mano que pertenecen

---

fuera su autor y se ha atribuido a Santos López Pelegrín, *Abenámar*, y modernamente a Manuel Rancés.

26 Remito a GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio, *Razón de la tauromaquia*, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos/Universidad de Sevilla, 2008.

27 No es momento de hacer una historia de la morfología y caracteres taurinos, pero en esta fase del siglo XIX los toros eran generalmente broncos, atléticos, imprevisibles, más aptos para la lidia que para el estilismo. Todavía en el primer tercio del siglo XX se aprecia esta naturaleza de dominación. Torear, para *Joselito*, coetáneo de Ortega, era “lucha, una pelea inteligente y valerosa, pero una pelea”. En ALCÁZAR, Federico, *Tauromaquia moderna*, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1936, pág. 207. Había un ejemplar de este libro en la biblioteca personal de Ortega, hoy de la Fundación Ortega-Marañón.

28 “Enviando a Domingo Ortega el retrato del primer toro”, en ORTEGA, Domingo, *El arte del toreo*, Madrid, Revista de Occidente, 1950, págs. 51-64.

29 Hasta ahora la selección más conocida sigue siendo el volumen preparado en 1960 por Paulino Garagorri en su segunda y más completa edición: ORTEGA Y GASSET, José, *Sobre la caza, los toros y el toreo*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1986.

30 GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe y FERREIRO LAVEDÁN, Isabel, “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*”, *Revista de Estudios Ortegaianos*. “Primera parte”, 2010, n.º 21, págs. 27-58; “Segunda parte”, 2011, n.º 22, págs. 33-56; “Tercera parte”, 2011, n.º 23, págs. 5-25.



a épocas distintas<sup>31</sup> y son el borrador de trabajo de varios ensayos, alguno de los cuales nunca escrito, como las dedicadas a comentar la defensa de Forner<sup>32</sup> frente al debate introducido por Masson de Morvilliers, en su artículo de la *Encyclopédie méthodique* con el difundido interrogante « *Que doit-on à l'Espagne?* », y las que sirvieron de base al último, citado arriba, a la conferencia de su amigo Domingo Ortega. El resto se subordinan a dos cuestiones de radical importancia para sus ideas taurinas, si bien la cristalización y fructificación de su planteamiento las limita con la etapa de madurez: me refiero a las cuestiones históricas acerca del nacimiento, importancia y ciclos estéticos del toreo a pie, junto con las reflexiones y hallazgos acerca del plebeyismo en tanto marca específica de la modernidad dieciochesca española, frontalmente opuesta al sistema jerárquico del resto de Europa, sobre todo el absolutismo francés, donde el diseño del Antiguo Régimen ejercía un principio piramidal dentro del cual la cúspide del gusto no podía residir en el pueblo sino en la realeza y en la nobleza. Uno y otro asunto, estudiado y anotado por Ortega en libros de historiadores taurinos o literarios, en documentalistas o moralistas, que poseía en su biblioteca personal<sup>33</sup>, se convertirán en un modo de pensar la tauromaquia que nunca abandonará y que cristalizará en un mayor protagonismo de este tema en las décadas de los años 40 y 50. Entre medias, Ortega desestimó siquiera dejar constancia de unas *meditaciones* taurinas en esbozo, pleno de actividades y desarrollos de su pensamiento en ámbitos muy diversos y demasiado conocidos para detenernos en ellos ahora. Únicamente deberíamos destacar que el nexo de unión entre el primer proyecto y el *Paquiro* anunciado en “En cuanto al pacifismo...”<sup>34</sup> parecen el mismo libro, en esencia, la misma idea germinadora. No debería serlo toda vez que ni las circunstancias biográficas (con la Guerra Civil, el exilio y la dictadura franquista de por medio), ni los medios de que disponía (la aparición de la deslumbrante enciclopedia de Cossío), ni la evolución de su pensamiento, podrían aventurar una simple continuación o repetición de reflexiones tan alejadas. Las notas, con su archivo agrupado sin apenas orden clasificatorio, con la excepción indicada, permiten, a través de imágenes ricas en plasticidad, o de anotaciones y *marginalia*, o incluso de la dependencia de obras y autores sobre los que Ortega apuntalaba o negaba razones, entre otras apreciaciones, sugerir un evidéntísimo enlace en torno a las ideas germinales arriba señaladas sobre

31 De mano de Ortega, la primera frase indica claramente que ha agrupado y en cierto modo reorganizado sus antiguas anotaciones: “Notas para toros tomadas de la antigua carpeta”, en “Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Primera parte”, *op. cit.*, pág. 31.

32 FORNER, Juan Pablo, *Oración apologética por la España y su mérito literario*, Madrid, Imprenta Real, 1786. Agrupadas en una subcarpeta titulada “Forner. Exequias”. La inclusión en la carpeta taurina de las anotaciones orteguianas a esta apologética *Oración*, en la estela de la defensa del abate Denina y otras muy numerosas en su momento, nos conducen a la revisión posterior de la cuestión nacionalista y del plebeyismo dieciochesco, como marca de identidad española, reforzada por el engarce íntimo entre la historia hispana y la historia de las corridas de toros. Véase una revisión del problema de las relaciones entre España y Francia en el siglo ilustrado en CHECA BELTRÁN, José, *Demonio y modelo. Dos visiones del legado español en la Francia ilustrada*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014.

33 GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe, “Ortega y la tauromaquia”, *op. cit.*, pág. 79.

34 Artículo de 1938 que se convirtió en parte del “Epílogo para ingleses” de *La rebelión de las masas; con un nuevo prólogo*, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe-Argentina, 1938. Curiosamente, la referencia taurina a “la relación tres veces milenaria entre el hombre hispánico y la magnífica bestia” desapareció después de esa fecha y volvió a aparecer a partir de 1955. La nota al pie es muy elocuente para mi argumentación, por ello la reproduzco: “La verdad es que las corridas de toros constituyen un tema histórico de primer orden sobre el cual está todo por decir. Tan pronto como las cosas se seren en España, –esto es, muy pronto– daré a la estampa mi libro *Paquiro o de las corridas de toros*, y entonces espero que resulten evidentes algunas de las muchas cosas que hay dentro de este *menuet*”. Cito por ORTEGA Y GASSET, José, *Obras completas. 1926-1931*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2005, tomo IV, pág. 997.

la necesidad de mayor y más veraz conocimiento histórico del toreo moderno junto con el propósito de estudiar su evolución y desarrollo como una clave explicativa determinante para conocer la historia de España<sup>35</sup>.

La serie, más que inacabada apenas esbozada, de *meditaciones*, o mejor aún, *salvaciones*, que Ortega proyectó desde comienzos de la década segunda del siglo pasado, nos instala en el comienzo de su filosofar<sup>36</sup>. En esos años se desarrollaba en el joven pensador lo que algunos investigadores piden interpretar como el embrión de toda su filosofía posterior. Allí se manifestaban las recientes consecuencias de sus viajes a Alemania, imbuido aún del vitalismo nietzscheano en cierto declive frente a las ideas recién adquiridas del neokantismo de sus maestros de Marburgo. Si bien en el deseo orteguiano de construir una filosofía de la vida parezca apoyarse más en Simmel, no deja de estar conectado a otras ideas vitalistas de su momento, concretamente Bergson<sup>37</sup>. No obstante, conformaría este proceso tras la asimilación de la primera fenomenología de Husserl. Sin embargo, antes de la ruptura definitiva con estas escuelas de pensamiento en sentido de fidelidad absoluta, la situación arrastrada por la España posterior al Desastre de 1898, acrecentada en esos momentos por las crisis coloniales de la Guerra del Rif, y quizás la verdadera causa de la conciliación de estas ideas en Ortega en este preciso momento, inspiraron un programa perfectamente compatible con las iniciativas del Regeneracionismo<sup>38</sup>. *Paquiro*, entre las postrimerías, Lope y Goethe, o el pensador de Illescas, devienen maneras de entender y comprender las condiciones y circunstancias de España, su realidad y su ser. Para Ortega, imbuido de la necesidad de comprometerse intelectualmente con un programa que fuera a la vez impulso y reflexión, la Cultura y la Vida debían afrontarse como un mismo problema al que el entusiasmo y la “súbita descarga de emociones alusivas” podrían dar respuesta. Nada, en su opinión, más emotivo, estetizado –no olvidemos que quizás de Cohen viniera a Ortega la sugerencia de escribir ensayos de Estética antes que tratados doctrinales–, que la tauromaquia.

35 La historia de las corridas de toros modernas era para él una clave necesaria porque no se trataba de un mero problema de ajuste diacrónico entre su evolución y la historia española, sino de vivencias, de vitalismo histórico, de conocer la historicidad vital como modo de pensamiento. De ahí su obsesión por trazar la historia de las generaciones de toreros, propósito, a mi juicio, extrañamente pueril en Ortega en ciertas etapas de su pensamiento, comenzando por la fecha exacta en que cuajaron como matadores (1720, 1730, 1740, incluso 1650, son algunas de las apuntadas). Baste una de las maneras de la harto conocida expresión: “Frente a ellos [*intelectuales españoles incapaces de ver algo más que tópico en los toros*] afirmo, de la manera más taxativa, que no puede comprender bien la historia de España, desde 1650 hasta hoy, quien no se haya construido, con rigurosa construcción la historia de las corridas de toros en el sentido estricto del término, no de las fiestas de toros que más o menos vagamente han existido en la península desde hace tres milenios, sino lo que nosotros actualmente llamamos con ese nombre”, de *Curso de cuatro lecciones...*, *op. cit.*, pág. 914.

36 La bibliografía sobre las *meditaciones* orteguianas y su significación es numerosísima. Únicamente, sobre su idea compositiva, remito a la “Introducción biográfica y crítica” de E. Inman Fox en su edición: ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones sobre la literatura y el arte. (La manera española de ver las cosas)*, Madrid, Castalia, 1987, págs. 7-45.

37 Para una llamada de atención sobre algunas *fuentes francesas* de Ortega es interesante revisar la combinación entre ideas galas y germanas descritas en CURTIUS, Ernst Robert, *Ensayos críticos sobre la literatura europea*, Madrid, Visor, 1989, págs. 219-244. Remito a LACAU ST GUILY, Camille, *Henri Bergson en Espagne. Une histoire contrariée (1875-1930)*, Paris, L'Harmattan, 2015, para un actualizado estudio sobre la relación entre ambos filósofos. Véase, en particular, págs. 163-176.

38 *Meditaciones del Quijote*, sobre todo la primera parte, *Lector...*, se presenta de modo programático, como justificación y promesa de una tarea –ya lo sabemos– inacabada, aunque quizás reconvertida en numerosas iniciativas de tipo cultural y político que vendrían más adelante en la vida de Ortega.

Nada más atado a las costumbres, deseos, impulsos y emociones de los españoles que las corridas de toros. Entonces, como hoy, en pleno debate y polémicas intelectuales, sobre todo con la oposición o ignorancia de los miembros del 98. Entonces, a diferencia de hoy, como primer espectáculo en pugna con el teatro, que consumía a los ciudadanos del modo en que nuestros días vive las rivalidades del fútbol, con parejas antagónicas, facciones, piques, discusiones y palpitación de sentimientos a flor de piel entre partidarios y detractores, puristas o esteticistas... Esta corteza, espuma de los días, eran los jugos en que se consumía la vida ciudadana. En el caso de España, ¿qué podría aportar este fenómeno al pensamiento moderno, a la civilización del siglo XX? La premisa orteguiana de llevar las cosas a la plenitud de su significado partía de la aparente intrascendencia de la gacetilla taurina con la corrida del domingo o del festivo de turno para buscar la corriente de vitalidad, la fuerza imbatible de un modo cultural de entenderse con la realidad de las cosas. *Paquiro*, en su embrión primero, consistía en un ensayo sobre otro potencial de las plenitudes españolas, sobre la única manera de estar en el mundo que los españoles hemos conseguido forjar, desubicados –no ignorantes, conste– entre las grandes aportaciones del pensamiento frente a otros países europeos, sobre todo en el siglo XIX. Como tal, una forma española de vivir la realidad. Ortega no tiene tiempo de pensar en derrumbes, en desastres o naufragios, sino en comprender a través de la cultura, que no es un lujo ni el accesorio del caballero o el lustre de una sociedad, sino una *salvación*.

Intentar esbozar cuáles habrían de ser los enfoques doctrinales y las apreciaciones estéticas que Ortega pusiera entonces de manifiesto, en particular, acerca de las corridas de toros sería un proceso más complicado. Anticipando, como he hecho antes, que parece haber una gran continuidad en ciertas cuestiones de fondo, lo primero y llamativo nos parecería la necesidad de conocer e investigar en la aparición de las corridas de toros modernas. El toreo a pie sucede al momento culmen del varilarguero, una derivación del control y de la traslación decantada hacia el protagonismo del pueblo frente al toreo caballeresco, también noble, anterior. En Daza, en Velázquez y en el Conde de las Navas o en García de Bedoya<sup>39</sup> habría de buscar cuándo cuaja el toreo a pie como auténtica Fiesta anotando la última de caballeros en 1725 en Madrid, las referencias a construcciones de plazas, las diferencias entre garrochón y banderilla, las fechas de nacimiento o de actividad profesional de los primeros matadores para hacer fichas con las generaciones (vacías las fechas en las de la segunda mitad del siglo XIX), la primera encabezada por Pascual Zараcondegui y Francisco Romero. Posteriormente reconocerá que ha podido fijar a través de cronologías y peculiaridades las actividades y noticias de los matadores del siglo XIX, y la madurez del toreo entre momentos de esplendor y decadencia reconocidos como estilizaciones. En paralelo, las ideas de moralistas, sobre todo Mariana o Jovellanos, contrarios a la fiesta por motivaciones diversas. Estos datos recopilados sitúan a Ortega ante un primer encuentro con el siglo XVIII y el auge del plebeyismo, una forma intrínsecamente española, estudiada a fondo en los trabajos sobre Goya décadas después y quizás la verdadera causa de la conciliación de estas ideas en este preciso momento. Las referencias a actrices, toreros o modas populares, usos lingüísticos como *garbo*, rápidamente popularizado en Europa por Merimée, por ejemplo, como una autenticidad hispánica, son la constatación del triunfo del hombre

39 Por orden de cita: DAZA, Josef, *Precisos manejos y progresos del arte del toreo*, Sevilla, 1778; VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José, *Anales del toreo*, Sevilla, Delgado y cía., 1868; LÓPEZ-VALDEMORO Y DE QUESADA, Juan Gualberto, CONDE DE LAS NAVAS, *El espectáculo más nacional*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1899; GARCÍA DE BEDOYA, Fernando, *Historia del toreo y de las principales ganaderías en España*, Madrid, Santa Coloma, 1850.

surgido del pueblo ante quien el racionalismo, el espíritu ilustrado en conjunción con el puritanismo religioso, habrían de oponer la prohibición, ignorantes de que hubieran producido con ella el cercenar del vitalismo de toda una nación.

Esas fuentes primigenias, más cercanas, no adulteradas por interpretaciones históricas posteriores, sabedoras de que gran parte de las noticias eran solo recuerdos y vivencias, nutrían la imaginación de Ortega sobre un toreo y unos toros antiguos, hacía tiempo desaparecidos, mientras se iban desarrollando las suertes, el orden y los preceptos: “Extraño fenómeno de que al querer precisar la historia del toreo se abraza el aire. ¿No pasa esto con todo lo popular?<sup>40</sup>”. Él mismo interpretaba esa desvinculación del momento puntual, para poder acceder a un conocimiento más profundo y preciso anteponiendo sus gustos, renegando de ser realmente un aficionado, que una vez adulto apenas iba a los toros y que en realidad su conocimiento taurino se basaba en un toreo anterior, el de *Frascuero* y *Lagartijo* y *Espartero*, aquellos matadores en su plenitud cuando de niño su padre le llevaba a los cosos. Aquel toreo, y aquellas morfologías taurinas, anteriores al apogeo del *Guerra*, bien podrían acercarse al histórico *Paquiro*, atlético, casi gimnasta que “corre al toro de un extremo a otro de la plaza”; habilidades que implican un esfuerzo de lidiador, de faena que se centra en la inmensa y bronca fortaleza de un animal que requiere ímpetu, que *pide* lo esencial ajeno a florituras y a jactancias. Un toreo de violento cuerpo en movimiento que acomete a otro cuerpo que le entorpece, de pocos pero concisos pases dirigidos al momento supremo de matar: “Se ha perdido hasta la noción de lo que era el momento esencial: matar. La perfección que hoy se da en las suertes de capa y muleta estuvo entonces en el matar<sup>41</sup>”.

Si en algo relevante podemos diferenciar las dos etapas de máximo interés de Ortega en la tauromaquia, además de la mayor presencia de documentos y testimonios a partir de los años 40, es precisamente en la centralidad de Francisco Montes. Si en escritos posteriores son el toro y sus morfologías territoriales, movimientos, y reacciones, aquello que agrupa un haz de derivaciones, en este primer momento recae en el matador y su capacidad para arriesgarse y dominar, para ser consciente de su valía y de su identidad. He referido arriba, apoyándome en Serrano de Haro, que la doctrina del cuerpo orteguiana no presupone un problema de conciencia sino vital, del cuerpo viviente que nos sostiene. El oficio del torero semeja una carnalización y una ejemplificación del proyecto de libertad que somos cada uno de nosotros. La vitalidad corporal conduce al drama. Lo que posee de representación y de rito, de apego a una “vitalidad nueva plebeya”, es el *hacer* constante, la posibilidad de que las cosas salgan bien o mal, de poder triunfar solo en ocasiones sobre una fuerza de la naturaleza. Triunfo, además nunca evidente ni definitivo, sino evanescente, propio del recuerdo y del instante: “Los toros son una danza en que baila un drama<sup>42</sup>”.

Ortega trazó en sus notas un breve panorama de asertos y de sugerencias, una trabazón de imágenes estilizadas, definitorias de una actividad perturbadora, siempre dinámica, móvil, cuyos únicos anclajes son la memoria y la posibilidad de su reviviscencia en el espacio de la evocación:

40 GONZALEZ ALCÁZAR, Felipe y FERREIRO LAVEDÁN, Isabel, “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Primera parte”, *op. cit.*, pág. 41.

41 *Ibid.*, pág. 41.

42 GONZALEZ ALCÁZAR, Felipe y FERREIRO LAVEDÁN, Isabel, “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Segunda parte”, *op. cit.*, pág. 51.

“Carácter fungible del toreo. Dificultad de su recuerdo<sup>43</sup>”. La plástica orteguiana, siempre más próxima al estatismo pictórico que a la dinamización cinematográfica<sup>44</sup>, que ya encontró en los toros un potencial riquísimo desde finales del siglo XIX, se centra en la figura del matador, solo ante el animal, esforzado, quizás ya herido en su amor propio por un primer fracaso y por la escasa seguridad de sus posibilidades de éxito, con la única defensa y ayuda del pincel de su cuerpo, ese lugar donde se logra, en expresión de Merleau-Ponty, pactar con la realidad exterior. Había, sin duda, en aquel añejo diestro un modo español de ver la realidad, una forma de situarse en y frente al mundo, y dejar constancia de ello. En una de las escasas notas en que Ortega apunta directamente su pertenencia al ensayo *Paquiro* trae a la mente a un popular torero madrileño, de quien su amigo Ignacio Zuloaga nos dejó un retrato. En su evocación, el cuerpo de la figura casi inerme, suponemos que lacerada por un fuerte revolcón, por tanto, incapaz de dejar constancia de su arte, en cierto modo fracasada en su esfuerzo, en su tarea vital para un preciso instante ya fatalmente pasado, se resiste a abandonar el espacio central de la mirada:

El Buñolero. Ejemplo de la pequeña cosa bien hecha: infinitud virtual de lo perfecto. Cuando el Buñolero fue sustituido el sustituto lo hizo mal: desencanto del público, toda la corrida manga por hombro.

Allá lejos. El Buñolero... Me acuerdo del grupo aéreo y coruscante que El Greco pintó sobre su plano de Toledo<sup>45</sup>.

## Bibliografía

- ALCÁZAR, Federico, *Tauromaquia moderna*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1936.
- AMORÓS GUARDIOLA, Andrés, “Los toros en la literatura. Ensayo, novela, teatro y poesía”, in COSSÍO, José María de (dir.), *Los toros. Tratado técnico e histórico*, DÍAZ-CAÑABATE, Antonio (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1982, tomo VII, págs. 234-235.
- , *Toros y cultura*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- , *Luis Miguel “Dominguín”: el número uno*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.
- ARÉVALO, José Carlos, “Ortega y los toros”, *Revista de Occidente*, 1984, n.º 36, págs. 49-59.
- BORRELL, Félix (F. BLEU), *Antes y después del Guerra (Medio siglo de toreo)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.

43 GONZALEZ ALCÁZAR, Felipe y FERREIRO LAVEDÁN, Isabel, “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Primera parte”, *op. cit.*, pág. 32.

44 Acerca de las ideas de Ortega sobre el cine en los años 10, remito a la selección en MASSÓ LAGO, Noé, *El joven Ortega. Anatomía del pensador adolescente*, Castellón, Ellago, 2006, págs. 391-395.

45 GONZALEZ ALCÁZAR, Felipe y FERREIRO LAVEDÁN, Isabel, “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Segunda parte”, *op. cit.*, pág. 52.

- CAMBRIA, Rosario, *Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX*, Madrid, Gredos, 1974.
- CEREZO GALÁN, Pedro, *La voluntad de aventura*, Barcelona, Ariel, 1984.
- , “Del camino hacia sí mismo (1905-1914)”, in *Guía Comares de Ortega y Gasset*, ZAMORA BONILLA, Javier (ed.), Granada, editorial Comares, 2013, págs. 21-45.
- COSSÍO, José María de, *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, 3 volúmenes.
- CURTIUS, Ernst Robert, *Ensayos críticos sobre la literatura europea*, Madrid, Visor, 1989.
- DAZA, Josef, *Precisos manejos y progresos del arte del toreo*, Sevilla, s. i., 1778.
- FERNÁNDEZ TRESGUERRERES, Alfonso, *Los dioses olvidados. Caza, toros y filosofía de la religión*, Oviedo, editorial Pentalfa, 1993
- FORNER, Juan Pablo, *Oración apologética por la España y su mérito literario*, Madrid, Imprenta Real, 1786.
- GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio, *Razón de la tauromaquia*, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos/Universidad de Sevilla, 2008.
- GARCÍA DE BEDOYA, Fernando, *Historia del torero y de las principales ganaderías en España*, Madrid, Santa Coloma, 1850.
- GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe, “Ortega y la tauromaquia”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 2008, n.º 16/17, págs. 41-104.
- GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe y FERREIRO LAVEDÁN, Isabel, “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Primera parte”, *Revista de Estudios Orteguianos*, 2010, n.º 21, págs. 27-58.
- , “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Segunda parte”, 2011, n.º 22, págs. 33-56.
- , “José Ortega y Gasset. Notas de trabajo de la carpeta *Toros*. Tercera parte”, 2011, n.º 23, págs. 5-25.
- GONZÁLEZ TROYANO, Alberto, *El toreo, héroe literario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- GRANELL, Manuel, *Ortega y su filosofía*, Caracas, Equinoccio, 1980.
- LACAU ST GUILY, Camille, *Henri Bergson en Espagne. Une histoire contrariée (1875-1930)*, Paris, L'Harmattan, 2015.
- LÓPEZ PELEGRÍN, Santos, *ABENÁMAR, Filosofía de los toros*, Madrid, Félix Boix, 1842.
- LÓPEZ-VALDEMORO Y DE QUESADA, Juan Gualberto, CONDE DE LAS NAVAS, *El espectáculo más nacional*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1899.

- MASSÓ LAGO, Noé, *El joven Ortega. Anatomía del pensador adolescente*, Castellón, Ellago, 2006.
- MONTES, FRANCISCO, PAQUIRO, *Tauromaquia completa o sea el arte de torear en la plaza tanto a pie como a caballo*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1836.
- MORENO ARDANUY, Félix, SERRANO DEL CID, Manuel, *Filosofía taurina*, Madrid, Fernando Fé, 1920.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1914.
- , “Enviando a Domingo Ortega el retrato del primer toro”, en ORTEGA, Domingo, *El arte del toreo*, Madrid, Revista de Occidente, 1950.
- , *Meditaciones sobre la literatura y el arte. (La manera española de ver las cosas)*, Madrid, Castalia 1983.
- , *Sobre la caza, los toros y el toreo*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1986.
- , *La rebelión de las masas*, in *Obras completas. 1926-1931*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2005, tomo IV.
- , *Curso de cuatro lecciones. Introducción a Velázquez*, in *Obras completas. 1933-1948. Obra póstuma*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2009, tomo IX.
- , *Sobre una interpretación de la historia universal*, in *Obras completas. 1933-1948. Obra póstuma e Índices*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2009, tomo X.
- , *El hombre y la gente. [Curso de 1949-50]*, in *Obras completas. 1949-1955. Obra póstuma e Índices*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2010, tomo X.
- SAN MARTÍN, Javier, “La recepción de la fenomenología y su filosofía en torno a *El tema de nuestro tiempo*”, in *Guía Comares de Ortega y Gasset*, ZAMORA BONILLA, Javier (ed.), Granada, editorial Comares, 2013, págs. 47-68.
- SERRANO DE HARO, Agustín, “Apariciones y eclipses del propio cuerpo”, in *Guía Comares de Ortega y Gasset*, ZAMORA BONILLA, Javier (ed.), Granada, editorial Comares, 2013, págs. 311-327.
- TEMES LHARDY, Agustín, *Nuevos ensayos taurinos*, Madrid, Duval, 1995.
- TORRALBA DE DAMAS, Benedicto, *Filosofía del toreo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932.
- VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, José, *Anales del toreo*, Sevilla, Delgado y cía., 1868.